

---

## **RESEÑA DEL LIBRO: RAMOS BONILLA, AARÓN GAMALIEL. (2016). ISLAS MIGAJAS: LOS PAÍSES NO INDEPENDIENTES DEL CARIBE CONTEMPORÁNEO. SAN JUAN, PUERTO RICO: TRAVESIER & LEDUC.**

Por: Ángel Israel Rivera Ortiz, PhD<sup>1</sup>

*Un libro de análisis comparado e iluminador:  
un trabajo sobre aquel Caribe que muchos han soslayado*

### **I. Introducción: el autor y su obra**

En *Islas Migajas: Los países no independientes del Caribe contemporáneo* tenemos lo que podría llamarse una obra extensa, producto de largos años de estudio, investigación y visitas de interés académico a esos países, que realizara el autor respecto del Caribe más olvidado. Se trata del Caribe menos sistemáticamente estudiado en la literatura de las ciencias sociales contemporáneas: el Caribe no independiente. El que Aimé Cesaire llama, y Aarón Ramos cita, compuesto por unas “islas migajas”, las sobras coloniales remanentes del proceso descolonizador escenificado en la zona del Caribe en el siglo XX.

Comparto completamente el criterio del exrector de Río Piedras y excomisionado de Vieques, Juan R. Fernández, de considerar este libro, “Una obra de madurez”. La lectura de *Islas Migajas* demuestra claramente este hecho ya que no es un libro que habría podido producir de esta manera, nadie que no hubiese llevado años de estudio, contacto directo, viajes, interrelación estrecha con académicos de estos países y, por supuesto, mucha reflexión, reiterada y profunda, sobre el significado de las diversas etapas por las cuales ha ido pasando el colonialismo y la gestión de los imperios en las islas no independientes del Caribe.

La trayectoria del autor —mi amigo, colega y colaborador desde hace muchos años— la conozco de primera mano, ya que compartimos labores en el Instituto de Estudios del Caribe de la Facultad de Ciencias Sociales mientras fui Coordinador de la Junta Editora de la *Revista Caribbean Studies* que publica dicho instituto. De hecho, difícilmente puedo recordar a alguien de nuestro espacio académico nacional, que haya participado con mayor ahínco y pasión en el contacto con estos pueblos de la zona del Caribe, incluso con los no independientes como Aruba y Martinica. Allí, dictó cursos y conferencias en sus instituciones universitarias, así como también en algunos de los que son formalmente independientes, como Haití, en

donde participó estrechamente en los esfuerzos solidarios con ese país que se han gestado desde nuestra Universidad o Surinam, la ex-colonia holandesa. Y bien fuere por medio del Programa Atlantea, del Grupo de Trabajo de CLACSO sobre relaciones internacionales en el Caribe, por medio de su participación en las reuniones anuales de la Caribbean Studies Association, o desde su cargo como director del Instituto de Estudios del Caribe de la Facultad de Ciencias Sociales, Aarón Gamaliel Ramos, maduró a lo largo de años —y de actividades variadas y múltiples— su conocimiento profundo sobre las condiciones políticas, socioeconómicas y culturales en los países no independientes del Caribe. De modo que, los lectores que se acerquen a este magno y magnífico trabajo habrán de ser beneficiarios privilegiados del torrente y caudal de conocimientos, análisis y reflexiones de su autor sobre el Caribe que este libro contiene y que comparte desde la solidez que sólo permite una madurez intelectual forjada a lo largo de muchos años.

Islas Migajas, nos revela además sobre el autor, su compromiso primordial con el conocimiento derivado del análisis histórico y contemporáneo comparado. De ahí su decisión de hacer pensar a los lectores, pero de dejarles también en plena libertad para llegar a sus propias conclusiones. Y no es que el libro no provea aproximaciones explicativas —ya que las mismas abundan en este trabajo en la forma de hipótesis muy sugerentes— entrelazadas ellas, muy hábilmente, con las muy complejas descripciones de las instituciones y procesos de interacción que se han dado entre los imperios y sus posesiones en el Caribe insular, y en las diversas épocas en que se organiza este libro. Es que, como el propio autor ha reconocido, “este no es un libro de denuncia”, lo cual suele ser mucho más fácil que el navegar trabajoso, desde la rigurosidad académica y la verificación histórica que encontramos muy presente y muy palpable en la obra Islas Migajas: Los países no independientes del Caribe contemporáneo.

Es una gran virtud del libro que aquí se reseña, el estímulo que provee el autor para la reflexión informada, pero que al mismo tiempo se deje en plena libertad a los lectores para que deriven sus propias conclusiones. Parte de esas conclusiones deberán ser, en nuestro medio —ineludiblemente— el determinar las lecciones que nos ofrece esta comparación de procesos, estilos, instituciones y problemas coloniales relacionados con la vida política y cultural de todos estos pueblos, y de la interrelación con sus metrópolis, para el mejor entendimiento de nuestra propia realidad colonial nacional y sobre las posibles vías para su superación.

Valoro y admiro de su autor, y de este libro tan pertinente, el haber decidido dedicarse con asiduidad a estos temas del mundo colonial remanente en el Caribe, de estas migajas deformes que dejó atrás la descolonización del siglo XX. Muchos otros, como reconoce

Aarón Ramos en su prefacio, al ocurrir el proceso masivo de descolonización de las décadas comprendidas entre 1940 y 1970, dieron liberada a la humanidad de este lastre y fueron perdiendo interés en los acontecimientos que caracterizaron la versión tardía y los acomodos del continuado colonialismo que las diversas potencias propiciaron en la zona no-independiente del Caribe durante las últimas dos décadas del siglo XX y el tiempo que ha transcurrido ya del nuevo Siglo XXI. Si bien es cierto que parte del incentivo para la atención académica y comparada de este colonialismo remanente lo ha sido el que el autor nació y vive en uno de esos países no independientes del Caribe, ello no lo explica todo. Su interés evolucionó por los senderos que lo llevaron a trascender nuestra propia realidad nacional puertorriqueña para mirar a todo este Caribe diverso dominado aún —y de formas complejas y diversas— por las metrópolis (la inglesa, la francesa, la holandesa y la estadounidense), y conceptuarlo todo ello con la visión holística de la región, con la concepción o constructo de una unidad geográfico-cultural muy particular de investigación y análisis desde las ciencias sociales, y como una asignatura pendiente soslayada por muchos en el mundo académico. Tanto es así, que el autor llama a estos países isleños: “una franja territorial formada por las antiguas colonias”. Esto nos revela que su autor no buscó dedicarse a los temas de mayor atención central en la academia, para tenerlo más fácil. Por el contrario, resulta encomiable que haya persistido y perseverado en el difícil camino de observar sistemáticamente lo que muchos consideraban como un tema marginal. Eso me conduce a recordar y valorar las diversas ocasiones en que académicos como Justin Daniel de las islas francesas, Lydia Emerencia y Armando Lampe de Aruba, y Carlyle Corbyn de las Islas Vírgenes de Estados Unidos, han constatado públicamente su agradecimiento al trabajo académico de Aarón Gamaliel Ramos, testimoniando cómo dicho trabajo les ha ayudado a producir nuevas miradas a su propia realidad, a partir de las experiencias de unas y otras islas, y entre ellas, por supuesto, las experiencias particulares con el colonialismo vividas en Puerto Rico.

## II. Aportes principales del libro

Algunos de los aportes medulares de este trabajo son, en primer lugar, que el libro permite palpar —con evidencias muy concretas y de diversas etapas históricas— no obstante, las diferencias en las respectivas relaciones con sus metrópolis, y de las diferencias culturales y de idioma existentes entre ellas, que todas estas islas no independientes del Caribe han pasado por diversas experiencias en común. Algunas de ellas han sido producto de la subordinación a una metrópoli, pero otras han sido causadas por las presiones de la globalización económica mundial, por tendencias de naturaleza regional y por otros

factores. Resumo brevemente algunas de estas similitudes que se han escenificado en las islas migajas y que de un modo u otro quedan evidenciadas por los temas tratados en este libro.

1. En todas o casi todas ellas sus economías han mostrado fuertes dependencias en la economía de sus metrópolis, lo cual en la mayoría de los casos ha impedido el desarrollo pleno de sus potencialidades económicas. Aún en el caso de las Islas Vírgenes británicas, cuyo alto ingreso per cápita no se debe a dependencia directa del Reino Unido, la conexión política dependiente con Inglaterra se ha mantenido, en alguna medida, porque dicha conexión facilita funcionar con una moneda internacionalmente fuerte y el crear allí uno de los llamados paraísos fiscales basados en lo que se denomina en inglés offshore banking. Todas estas diversas variantes de la dependencia tienen un denominador común que el autor denomina “el papel subalterno de sus economías”.
2. Todas ellas, como resultado del colonialismo prolongado y las relaciones con sus respectivas metrópolis muestran fuertes divisiones en sus sociedades, demuestran ser en alguna medida lo que Samuel P. Huntington llamó en *The Clash of Civilizations* “torn countries”, países desgarrados, en donde un sector de la sociedad promueve y celebra las ventajas que percibe y recibe de la continuada relación con la metrópolis, mientras otro sector promueve la persistencia de las raíces, valores y las culturas e idiomas autóctonos de cada país. En todas estas sociedades caribeñas, o en casi todas, existen grupos organizados que resienten el dominio exterior metropolitano y de alguna forma u otra buscan la independencia.
3. En todos los casos, y a pesar de las diferentes estrategias adoptadas de tiempo en tiempo por sus respectivas metrópolis, ha habido continuada resistencia a funcionar de conjunto —como sociedades y comunidades políticas— con otras unidades territoriales de su propia metrópoli. Por ello el intento británico de crear una federación de sus territorios en el Caribe fracasó. Nunca se han podido gestionar de conjunto Puerto Rico y las Islas Vírgenes estadounidenses, a pesar de su proximidad geográfica, y entre las holandesas Aruba y Curacao han transitado cada una por su lado, incluso con un estatus formalmente distinto ante la metrópoli europea que en Aruba se llamó “status aparte”. Igualmente, las islas francesas se convirtieron en Departments de Outre Mer (Departamentos de Ultramar) manteniendo su individualidad isleña. Esto significa que en el Caribe la realidad colonial se ha vivido de

modo particular en cada una de las islas y que cada una ha desarrollado el sentido de ser una sociedad diferenciada.

4. En todas las islas no independientes del Caribe hubo experiencias de acomodos políticos, en ocasiones propiciados por las propias metrópolis con el fin de atender las presiones internacionales de la descolonización o, como en el caso de Francia, por la amenaza regional en el Caribe del poderío estadounidense. En el caso de Puerto Rico eso se asocia con el acuerdo de 1952 para establecer una comunidad política interna llamada Estado Libre Asociado en español y Commonwealth en idioma inglés, aún dentro de la condición territorial, es decir, de ser un “territorio no incorporado”, una simple posesión, de una superpotencia política, económica y cultural, como lo ha sido y es todavía Estados Unidos de América.
  
5. Casi todas estas experiencias isleñas con sus metrópolis han exhibido también intentos metropolitanos de lo que se denomina en inglés como colonial retrenchment, es decir, intentos metropolitanos de control más directo, para enfrentar crisis o situaciones inconvenientes desde el punto de vista metropolitano: ocurrió en las islas holandesas e inglesas en diversos momentos, en estas últimas, por ejemplo, con la Ley de Territorios británicos ultramarinos de 2002 y está próximo a ocurrir en Puerto Rico con la intervención del Congreso con una Junta de Control Fiscal Federal que implica una interrupción, por lo menos parcial, de la autonomía gubernamental pactada en la década del 1950 para el llamado Commonwealth o Estado Libre Asociado de Puerto Rico. En todas estas experiencias de reafirmación colonial, como indica el autor, no ha faltado lo que él llama “posturas intransigentes” por parte de cada una de las metrópolis. Esto parece traer la gran lección de que autonomías bajo el coloniaje, o bajo los diversos nombres utilizados por las metrópolis para disfrazar u ocultar su dominio colonial en tiempos de rechazo internacional al colonialismo, no tienen carácter permanente y que mientras estas islas migajas carezcan de soberanía propia reconocida internacionalmente, estarán sujetas al vaivén de las estrategias metropolitanas para afianzar su dominio sobre sus sociedades, economías y sobre su vida política.
  
6. En todas estas islas ha habido luchas culturales por la reafirmación de una lengua propia o de identidades culturales distintas a la identidad metropolitana y en todas ellas las metrópolis, han debido hacer reconocimiento legal de dichas lenguas e identidades

territoriales, incluso en una metrópoli tan centralizada y promotora de su propio idioma como Francia, que como demuestra Ramos legisló la protección de los idiomas y culturas de las islas del Caribe. Esto demuestra que los adelantos y transformaciones del Derecho Internacional Público en la segunda mitad del siglo XX y en lo que llevamos del siglo XXI, en el área del reconocimiento de derechos humanos, entre ellos los lingüísticos y culturales, no han dejado de tener influencia sobre estas metrópolis que han insistido en mantener territorios y colonias aún en los tiempos llamados “poscoloniales”.

7. En todas estas jurisdicciones territoriales se han producido cambios o tensiones en la relación con sus metrópolis debido a las presiones provenientes de la globalización económica mundial o de las presiones regionales de los países independientes porque las islas no independientes participen también en acuerdos económicos regionales o en organizaciones internacionales de la región, aun dentro de los limitados moldes de poder autónomo de su continuada condición subordinada.

Otro aporte principal de este trabajo es su discusión sobre cómo las historias e instituciones variadas de las metrópolis afectaron el tipo de instituciones coloniales que establecieron en sus posesiones ultramarinas del Caribe y los modos de otorgar o no algún tipo de “ciudadanía metropolitana”. Se desbroza en la obra de Aarón Ramos el choque entre dos concepciones de la ciudadanía metropolitana: la visión de la ciudadanía como portadora de compromisos valorativos y culturales de la metrópoli, y la visión contraria, también impulsada desde las metrópolis, de la ciudadanía como mero identificador legal y factor instrumental para facilitar el libre movimiento de los isleños hacia sus metrópolis. Estas situaciones, como indica el autor, han creado una dicotomía entre ciudadanía y cultura, ya que la cultura distintiva de las islas marca un compromiso de identidad nacional propia que, sin embargo, ha convivido con la aceptación de la ciudadanía instrumental de la metrópoli como una mera conveniencia. El autor vincula hábilmente todos estos temas con otra secuela importante de la continuidad colonial en las Islas Migajas: la migración a las metrópolis y el trato que reciben los migrantes isleños en las sociedades metropolitanas.

Igualmente, este libro me proporcionó y estoy seguro que aportará a todos los lectores de la Revista de Administración Pública, una nueva mirada y una renovada comprensión de la interrelación entre las posiciones y estrategias coloniales metropolitanas, y los procesos políticos internos en estas sociedades isleñas del Caribe. Me refiero incluso a la diversa gama de movimientos políticos y propuestas para

lidiar con la situación de subordinación política continuada que han vivido los pueblos del Caribe que habitan estas Islas Migajas. Este es un tema que por razones más que evidentes es de suma importancia en la coyuntura actual que vive nuestro país, controlado desde Washington por una Junta de Control Fiscal que finiquitó el período de autonomía fiscal para un gobierno local en Puerto Rico, iniciado en 1900 con la Ley Foraker.

Incluso, y no menos importante, es el impacto que ha de tener este cuidadoso trabajo de Aarón Gamaliel Ramos sobre los lectores en Puerto Rico mismo, además de en otras islas, cuando pueda ver su traducción a los diversos idiomas que se hablan en el Caribe.

Cuando en 1995-96 Jorge Benítez Nazario y yo condujimos en Puerto Rico el Estudio Mundial de Valores dirigido desde Estados Unidos por Ronald Inglehart y desde España por Juan Díez, quedó evidenciado que en una muestra nacional representativa de cerca de 1,200 entrevistados, sólo unas 52 personas, o el 4.5% del total se identificaron como “caribeños y puertorriqueños”. Junto con la categoría de “estadounidense primero y después puertorriqueño” que obtuvo sólo 4%, la identidad con el Caribe fue de las más bajas, contrastando con cerca de un 9% que se identificó como “hispanoamericano y puertorriqueño” y el 56% que seleccionó la opción de identidad exclusivamente como puertorriqueño y nada más. Más allá de las identidades, todos conocemos de la relativa ignorancia y desinterés, en todos los sectores sociales de nuestro país, respecto de la zona del Caribe y sus países, justamente donde geográficamente estamos enclavados. Las migraciones importantes de cubanos y dominicanos han reducido en alguna medida la ignorancia e indiferencia frente a otras sociedades isleñas del Caribe. No obstante, el distanciamiento absurdo persiste. Con todo y la cercanía geográfica, muy pocas personas buscan conocer la vida política en las Islas Vírgenes estadounidenses, por ejemplo, aunque compartan una situación de subordinación a nuestra misma metrópoli. Mucho menos vemos ni en la academia, ni en el espacio público puertorriqueño más general, ni en nuestro mundo mediático, discusión alguna sobre la situación colonial en los demás territorios no incorporados de Estados Unidos, ni la posibilidad de articular alguna estrategia común de acción para mover al inmóvil Congreso estadounidense a considerar la superación de las formas coloniales o territoriales de dominación en todas las islas. Creo que ese habrá de ser también un beneficio adicional de la publicación de este libro: hacer más conscientes a los puertorriqueños, tanto en el mundo académico, como en el espacio público en general, de nuestra vinculación con las demás Islas Migajas del Caribe, también con el Caribe isleño independiente y el potencial de un incremento mutuamente beneficioso en la interacción económica con nuestro entorno geográfico inmediato en

la región del Gran Caribe, tanto isleño como continental.

Finalmente, es de esperar que el distinguido autor del libro recoja en un segundo volumen las hipótesis explicativas principales que se encuentran diseminadas a lo largo de este trabajo, para producir un ensayo reflexivo sobre las lecciones que se derivan de los procesos históricos vividos en el colonialismo moderno del Caribe, de las últimas décadas, liberado ya de tener que hacer el recuento del devenir histórico, tan excelentemente servido en este primer volumen, con lo cual puede dedicar un nuevo esfuerzo a lo que no había manera de hacer en este primer libro: elaborar sobre explicaciones y teorizaciones que permitan incluso prever los cursos de acción más viables para la superación plena en nuestra región de las subordinaciones territoriales y de estas economías deformadas por las grandes limitaciones impuestas por las metrópolis a nuestras islas, a nuestras economías y al desarrollo político y cultural de nuestras sociedades.

### **Notas al calce**

<sup>1</sup> Catedrático en el Departamento de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales en la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.